

# La necrópolis de El Cabo de Andorra: ¿un cementerio de género?

José Antonio Benavente (arqueólogo)

## El yacimiento y la investigación

La necrópolis de El Cabo de Andorra (Teruel) se descubrió en abril de 1999 durante el transcurso de una prospección realizada en el entorno del poblado ibérico del mismo nombre, que en aquel momento se encontraba en plena fase de excavación. Aunque la zona en la que se ubica, a menos de 400 metros al norte de dicho poblado, había sido previamente explorada en varias ocasiones, las estructuras funerarias habían pasado totalmente desapercibidas debido a la densa vegetación de matorral y a la acumulación de rocas calizas existentes en superficie. El hallazgo, casi fortuito, de un par de fragmentos de cerámica a mano junto a una pequeña alineación en arco de mampuestos daría la primera pista para iniciar su estudio.

El permiso y la financiación por parte de la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón para la realización de excavaciones arqueológicas no llegarían hasta el año 2005, cuando el proyecto se integró en el programa de investigación del Consorcio Patrimonio Ibérico de Aragón. En la primera campaña de excavaciones se documentaron cuatro túmulos funerarios, confirmando así la presencia de un pequeño cementerio de época protohistórica relativamente intacto. En la siguiente campaña, de 2006, se excavaron otros dos túmulos deficientemente conservados y pudo delimitarse al completo la superficie conservada de la necrópolis. El proyecto se culminó ese mismo año con una posterior intervención sobre el terreno de consolidación de estructuras, protección y puesta en valor.

Casi diez años después, sin que se pueda descartar totalmente la posibilidad de que existan otras agrupaciones funerarias cercanas a la zona objeto de estudio, ha sido posible publicar en la revista *Al-Qannis*, editada por el Taller de Arqueología de Alcañiz, los resultados de los estudios y análisis realizados sobre los materiales y estructuras documentados en la necrópolis. El trabajo ha sido coordinado por los investigadores R. Graells, S. Melguizo y el que suscribe estas líneas y en el mismo han colaborado otros investigadores como I. Lorenzo, A. Balboa y F. Galve.



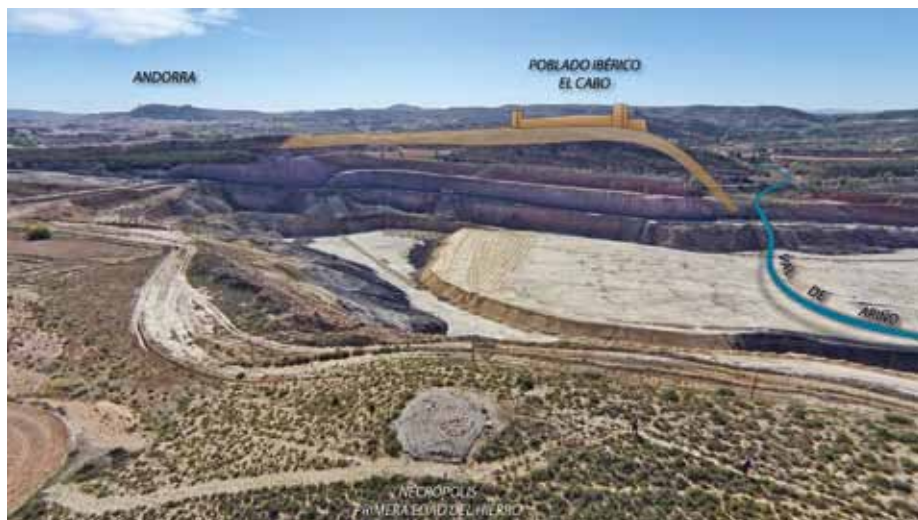
La necrópolis de El Cabo, recurso cultural y turístico (foto J. A. Benavente).

## La necrópolis tumular

Las estructuras de la necrópolis de El Cabo se concentran en un área de apenas 50 m<sup>2</sup>, sobre una pequeña plataforma natural a mitad de ladera de una elevación que domina, desde su margen derecha, la cabecera de la val de Ariño, en Andorra. Buena parte de ella ha sufrido los efectos de la erosión natural pero, afortunadamente, constituye un raro caso de necrópolis que no ha sido objeto de expolio, por cuyo motivo la información obtenida es especialmente relevante.

Aunque solo se han documentado un total de seis tumbas, todas ellas presentan planta circular o li-

geramente elíptica con diámetros que oscilan entre 2 y 2,6 metros, mientras que solo una alcanzaría los 4 metros. Respecto a la fase de fundación de las tumbas, se constata la existencia de una excavación previa del espacio físico que acogerá su construcción. La mitad de ellas poseen, además, *loculi* (pequeños huecos ubicados en el centro de las tumbas en los se colocaba la urna cineraria). Estos vasos no contaron con ninguna protección especial (cistas o tapaderas) y fueron directamente cubiertos por la tierra del relleno tumular. Cinco estructuras han preservado los contenedores cerámicos. Excepcionalmente, el túmulo 2 contenía dos urnas y el túmulo 6, muy alterado por la erosión, no conservaba ninguna.



Vista aérea de la necrópolis con ubicación del poblado ibérico de El Cabo, destruido en 2000 (foto C. Piazuelo).

## El estudio de los materiales

El estudio detallado de los recipientes cerámicos presenta unas características determinadas, que han permitido proponer su clasificación en dos subtipos que denominamos El Cabo A, de cuerpo ovoide y pie anular, y El Cabo B, de cuerpo con tendencia bitroncocónica y base cóncava con pie anular incipiente. Estas cerámicas tienen variados paralelos en diversos yacimientos del Bajo Aragón y áreas vecinas, pudiendo constatarse allí su uso funerario, doméstico o ritual entre los siglos VII y VI a. C.

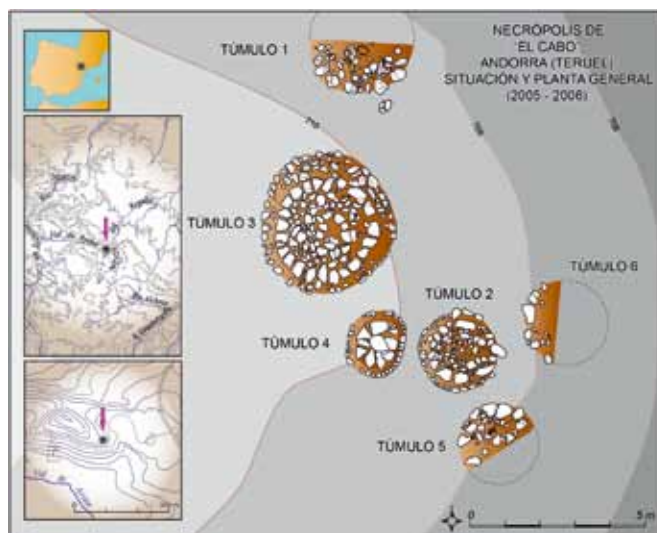
Los materiales metálicos recuperados en la necrópolis, localizados en el interior de las urnas o en su inmediato entorno, corresponden a objetos de adorno personal y aparecen generalmente muy afectados por la acción del fuego, puesto que fueron alterados térmicamente junto a los cadáveres que los portaban. Corresponden tipológicamente a brazaletes de distintas secciones, cadenas, anillas, fibulas de doble resorte, un botón hemisférico, posiblemente también arracadas y torques, así como una única pieza compleja de difícil atribución, formada por una placa y dos remaches. La tipología homogénea de estos materiales permite establecer una cronología entre finales del s. VII a. C. y el primer cuarto del s. VI a. C., que coincide con lo observado en territorios costeros del NE peninsular.

La mayor parte de estos ornamentos metálicos podrían asociarse a personajes femeninos que habrían acumulado adornos y piezas metálicas como expresión de su relevancia social, siendo sepultadas con sus ricos bienes de joyería (tumbas 1, 4 y 5) en un momento previo al surgimiento del "episodio aristocrático" y la sociedad arcaica o ibérica antigua a finales del siglo VII a. C. Al lado de estas damas aparecen otras sepulturas (tumbas 2 y 3) con menor número de piezas de ajuar (aunque también supuestamente femeninos) y con un ritual funerario ligeramente distinto, que tiene como particularidad la presencia de piezas enteras, depositadas *a posteriori* de la cremación. Precisamente, el hecho de la cremación del ajuar y la recogida cuidadosa y sistemática de todos los objetos metálicos que portaban los difuntos, incluidos los fundidos como goterones, parece tener implicaciones en cuanto al ritual funerario que distingue a la necrópolis de El Cabo de otras recientemente excavadas en el Maestrazgo castellanense.

El estudio arqueometalúrgico de algunas de estas piezas muestra una presencia predominante del uso del bronce, tanto binario (cobre y estaño) como ternario (bronce, estaño y plomo), con un solo caso de cobre sin alea. Dos de los objetos podrían haber sido estañados. La heterogeneidad técnica del conjunto estudiado se considera propia de un período de tran-

sición e indica una importante especialización en el trabajo metalúrgico, si bien mediante sistemas operativos de producción relativamente simples.

El estudio antropológico aboga por unas observaciones vinculadas al universo femenino coherentes con las realizadas a partir de los ajuares, al reconocer sobre los huesos incinerados débiles espesores craneales, gracilidad de las inserciones musculares de los huesos largos y canales medulares y anchuras reducidas de falanges. La edad de los individuos incinerados fluctuaría entre los 20 y los 30 años y correspondería a mujeres de muy grácil constitución. Además, no existieron ofrendas de fauna y los restos humanos no parecen haber sido machacados.



Planta general y situación de la necrópolis de El Cabo, Andorra (autor S. Melguizo).



Urna cineraria 4 una vez restaurada (Museo Provincial de Teruel).



Fragmentos de diáfisis de cubito, peroné y radio. Urna 5 (foto J. I. Lorenzo).

## ¿Un cementerio solo de mujeres?

Los datos arqueológicos parecen concluir que las estructuras excavadas en El Cabo de Andorra pertenecen a una pequeña necrópolis protohistórica, donde se enterraron exclusivamente mujeres jóvenes con sus pertenencias metálicas, tras haber sido incineradas en piras que alcanzaron elevadas temperaturas, superiores a los 700 grados. No obstante, esta afirmación debe ser tomada con prudencia ante el escaso número de tumbas hasta ahora documentadas y el grado de erosión en el que se encontraba parte de la necrópolis.

A pesar de ello cabe comentar algunos aspectos interesantes. En primer lugar, hay que señalar que la cronología de la necrópolis de El Cabo (de finales del VII y principios del VI a. C.) no se corresponde con la del cercano poblado del mismo nombre que, según las dataciones radiocarbónicas y los materiales muebles, se ha establecido a mediados del siglo V a. C. Nos enfrentaríamos a un cementerio sin há-

bitat, aunque este puede corresponderse con alguno de los yacimientos coetáneos dispuestos en las proximidades sobre la margen derecha de la val de Ariño, entre los que se detecta una importante actividad metalúrgica de fundición del hierro. Por otro lado, también sería viable que el poblado perteneciente a la necrópolis hubiera desaparecido al construirse posteriormente en el mismo lugar el enclave ibérico.

Finalmente, cabe destacar la discusión entre datos (o ausencia de datos) antropológicos y cultura material para acercarnos a los individuos enterrados en esta necrópolis. Este sorprendente y estimulante aspecto plantea numerosos interrogantes de difícil solución, como la posibilidad de identificar necrópolis de género, deducir aspectos rituales en este comportamiento u otras conductas sociales que solo nuevas excavaciones y estudios podrán resolver.